

## CAPÍTULO XVII

Continúa el gobierno del virey Mendoza.—Sublevacion de los indios en la Nueva Galicia.—Causa de la sublevacion.—Sorprenden y derrotan los indios al capitán Ibarra.—Da aviso del levantamiento Cristóbal de Oñate al virey y le pide refuerzos.—Pide Oñate auxilio á Pedro de Alvarado.—Marcha éste contra los indios sublevados.—Muerte de Pedro de Alvarado.—Trágico fin de su esposa.—Cristóbal de Oñate se fortifica en Guadalajara.—Los indios atacan á Guadalajara.—Triunfo alcanzado por Oñate.—Sale el virey hácia la Nueva Galicia con fuerzas considerables.—Reduce á los sublevados á la obediencia.—Envia dos escuadrillas á nuevos descubrimientos por el mar del Sur.—Muerte de Nuño de Guzman.—Nuevas leyes en favor de los indios.—Se dispone que las encomiendas acaben al morir los que las tenían, sin pasar á sus hijos.—Va de visitador á Méjico Francisco Tello de Sandoval.—Representacion de los encomenderos contra la ley sobre repartimientos.—Tello suspende la ejecucion por consejo de los preladados y del virey hasta que el monarca resuelva.—Marchan los apoderados á España.—Determinacion del monarca sobre las nuevas leyes.—Se toma residencia á Vazquez Coronado.—Asoladora peste en los indios y estragos que causó.—Noble conducta observada por el virey y Zumárraga socorriendo á los indios enfermos.—Llega el padre Las Casas á Méjico.—Severa contestacion que da al virey cuando envia á darle la bienvenida.—Vuelve á España el visitador Tello.

Desde 1541 hasta fin de 1546

Todas las providencias dictadas por Cristóbal de Oñate en la Nueva Galicia, desde que fué nombrado teniente de gobernador por ausencia de Francisco Vazquez Coronado, llevaron el sello de la prudencia, del orden y del afán por el buen servicio al monarca. Despues de haber dado algunas acertadas disposiciones en diversas villas habitadas por españoles, se dirigió á la ciudad de Com-

postela, á fin de tomar noticias respecto de la calidad de la costa y de todo lo que convenia al fomento y seguridad de la provincia. Cumplido caballero, sabia hacerse respetar sin temer, y templaba la justicia con la clemencia. Cuando se ocupaba en tomar informes de lo que mas conveniente juzgaba para la mejor marcha de su gobierno, recibió la noticia de que los indios *tecojines*, de la jurisdiccion de Ostoticpac, se habian sublevado, y que los del valle de Castlan, pertenecientes á la misma nacion, molestaban á los indios pacíficos de otras provincias que se dirigian á sus negocios á la ciudad de Compostela. Cristóbal de Oñate procuró contener el alzamiento, valiéndose de la persuasion al mismo tiempo que amenazándoles con las armas; pero convencidos los sublevados de que nada podria por medio de la fuerza, pues era muy poca la gente que tenia, continuaron en sus hostilidades. El capitan español arbitró entonces que la ciudad de Compostela, en vez de estar en Santiago de Tepec, donde se habia fundado, estuviese en el valle de Castlan, donde quedó al fin asentada, por hallarse en medio de las poblaciones de tecojines, desde donde seria mas fácil irlos reduciendo á la obediencia. Poblada la ciudad con los españoles que habian pasado de un punto á otro, y dejando en ella de gobernador al capitan Juan de Villalva, marchó á Guadalajara para ocuparse de los asuntos de su gobierno. Pocos dias despues de haber llegado, recibió una carta del jefe que habia dejado en Compostela, donde le hacia saber que los indios de Guaynamola y Guasamota se habian sublevado dando atroz muerte á su encomendero Juan de Arce. La suble-

vacion encontró eco en los indios de toda la sierra, y pronto cundió desde Culiacan hasta las cercanías de Guadalajara. Cristóbal de Oñate contestó á Villalva encargándole que procurase tener en buen estado de defensa la ciudad de Compostela, y que se previniese contra las incursiones que los indios pudieran hacer. Por su parte, hizo en Guadalajara lo que el arte de la guerra prescribe para la seguridad de una plaza, y echó mano de los medios mas eficaces para ocurrir al remedio de la imponente sublevacion. Sin embargo, la fuerza con que contaba era muy corta para atender á la defensa de los diversos puntos que estaban amenazados. En los momentos en que meditaba en lo crítico de la situacion á que se veia reducido, recibió nuevas que aumentaron su inquietud. Los indios cascanes de los montes y de los valles, los de la sierra de Tepec, así como los del valle de Nochiztlan y Teocaltichi, se habian fortificado en una elevada y fragosa sierra, llena de asperisimas rocas, llamada por lo difícil de su acceso, *Mixton*, que significa *subida de gatos*.

El motivo de esta sublevacion no fué ni el mal trato que los indios recibian de sus encomenderos, ni la falta de prudencia del jefe que habia quedado al frente de los negocios de la Nueva Galicia. Los tributos estaban tasados con mucha moderacion, y los encargados de recibirlos guardaban con los indígenas las consideraciones recomendadas por los gobernantes (1). El origen de aquel

(1) «No quisieron pagar los tributos á sus señores, aunque tasados con mucha moderacion.»—El padre Beaumont.

movimiento, así como el de otros muchos, verificados en diversas épocas, estaba en el límite justo que la religion cristiana habia puesto á sus pasiones carnales y sus laxas costumbres. Hacia muy poco que aquellas provincias habian escuchado las máximas del Evangelio, y no se hallaban en estado de comprender su benéfica moral. Acostumbrados á tener muchas mujeres, se resistian á entrar en una religion que les señalaba por compañera una sola. Los caciques y señores, muy especialmente, debian recurrir á las sublevaciones, para disfrutar de los goces y del absoluto poder que habian disfrutado. Por las máximas de la nueva religion así como por las leyes de los monarcas españoles, no solo se veian obligados á separarse de la poligamia, sino que dejaban de tener los numerosos esclavos de que siempre se habian servido (1). No han titubeado algunos escritores, guiados por los apasionados escritos del padre Las Casas, atribuir todas las sublevaciones de los indios á la opresion en que les pinta sumidos por los encomenderos. No han meditado que en el plan del religioso dominico entraba no pintar la resistencia de los indios á dejar sus antiguas costumbres y religion, para atribuir el origen de las subleva-

(1) «Y lo que mas excitaba el espíritu de estos héroes apostólicos (los misioneros) era la renuencia de aquellos neófitos en abrazar el catolicismo, porque les prohibia el tener muchas mujeres, á que se añadia la fuerza del amor de los hijos que tenian en cada una de ellas, plaga que devoraba á todos los habitantes de Indias Occidentales; y aunque tenian algunos bautizos, como eran pocos los ministros, no podian atender á tantas cosas, y vencer esta gran dificultad que luego sobrevino cuando se les predicó la ley de Jesucristo.» El padre Beaumont. *Crónica de la provincia de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacan.*

ciones únicamente al sistema de encomiendas, que era su empeño extinguir á todo trance. Es de importancia observar que los levantamientos no se verificaban sino en las provincias recién agregadas á la corona, y nunca en aquellas en que el pueblo indígena podia comparar lo que fué bajo el poder de sus caciques y lo que era regido por gobernantes á quienes podia presentarse á elevar sus quejas contra los que le ofendian. Los indios de la Nueva Galicia llevaban poco de haber prestado obediencia á las autoridades españolas, y la fuerza que habia dejado Francisco Vazquez Coronado al marchar á su expedicion de Quivira, era insignificante. Era natural que los caciques, comprendiendo que su autoridad absoluta iba á terminar, que sus numerosos esclavos dejarian de serlo, y que sus serrallos donde gozaban de las caricias de las mujeres mas hermosas, iban á desaparecer, para unirse á una sola compañera, excitasen á tomar las armas á los pueblos acostumbrados á obedecerles ciegamente. No obrarian con menos actividad los sacerdotes de las sangrientas divinidades, que eran mirados como semidioses por los indígenas. Los indios, al escuchar de sus jefes y de los ministros de sus dioses que los extranjeros iban á profanar sus templos y á destruirles, era imposible que dejasen de acudir á la defensa de lo mas caro que habia para ellos, la religion y sus costumbres.

Que la resistencia á dejar la poligamia y sus placeres sensuales, fué el principal origen de la sublevacion de los indígenas de la Nueva Galicia, se desprende de las palabras del sacerdote Beaumont, profundo conocedor de las costumbres de los naturales. Con celo infatiga-

ble recorrian los misioneros los pueblos de las provincias, anhelando apartarles de la corruptora poligamia «y poner remedio á una enfermedad tan difícil de curar, dice el mencionado sacerdote, por hallarse profundamente arraigada en las costumbres sensuales». Pero la empresa era difícil. Los misioneros, á pesar de su infatigable constancia, encontraban resistencia á sus máximas contra la concupiscencia; y conociendo por lo que les «enseñaba la experiencia, que era imposible remediarla luego», se veian precisados á «disimular, esperando mejor ocasion» para lograr su objeto (1).

Viendo el teniente gobernador Cristóbal de Oñate que la sublevacion tomaba proporciones gigantescas, envió al capitán Miguel de Ibarra con algunos soldados españoles y muchos indios amigos que sacó de Tlajomules, á que procurase atraer á los sublevados á la obediencia. Partió Ibarra con su gente, y se dirigió á la escabrosa sierra de Mixton. Despues de haber subido con inmensa fatiga el fragoso monte en que se hallaban fortificados, trató de persuadirles á que abandonasen su actitud hostil. Les dijo con afectuoso acento, que indicasen si tenian alguna queja, á fin de poner remedio al mal; que habiéndose manifestando siempre amigos de los españoles, no debian hacer armas contra ellos, cuando en nada les habian ofendido; y terminó suplicándoles que dejasen la actitud hostil que habian tomado, cuando en nada se les habia

(1) Beaumont. *Crónica de la provincia de los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacan.*

faltado y que volviesen á sus pueblos tranquilos y sin temor. La respuesta de los escuadrones indios fué arrojar una lluvia de flechas, en medio de espantosos alaridos de guerra y del espantoso ruido de sus instrumentos bélicos. Viendo el capitán Miguel de Ibarra la resolución de batirse en que se hallaban los contrarios, se retrajo con su corta fuerza á un sitio conveniente que proporcionaba algunas comodidades á la tropa. Los indios sublevados, al notar el punto en que habia situado su campamento, le enviaron á decir que al dia siguiente bajarían á donde se hallaba, pues anhelaban la paz y se arrepentían de haber disparado sus flechas contra sus soldados. El capitán Ibarra recibió con mucho agrado á los comisionados, y contento de la disposición manifestada por los contrarios, se entregó al reposo. Eran las ocho de la mañana del domingo de Ramos. El sol se hallaba eclipsado, y una ligera niebla velaba la cima de la montaña. Los sublevados, favorecidos por la media luz, bajaron con sigilo de sus posiciones, y se presentaron de improviso en el sitio en que estaban los españoles y los indios aliados almorzando y descuidados. Los numerosos escuadrones cascanes, sin dar lugar á sus enemigos á que volviesen de su sorpresa, se lanzaron sobre ellos con furia espantosa, matando doscientos indios del valle de Tonalá, diez españoles y cogiendo varios prisioneros de los últimos. Introducido el desorden y siendo muy corto el número de castellanos que quedaba, emprendieron la retirada, llegando á los tres dias á Guadalajara con la infausta nueva de su derrota. A esta noticia, que causó profunda pena al teniente gobernador Cristóbal de Oñate, se agregó, á los pocos

instantes, otra no menos alarmante. En cartas que le escribían de Culiacan, Compostela y Purificacion, le daban aviso de que todas las provincias estaban alzadas, y amagados los puntos guarnecidos por los pocos españoles que habia. Cristóbal de Oñate, encontrándose sin tropas para poder acudir á todas partes, dió noticia al virey del alzamiento, pintándole la necesidad de que enviase pronto socorro. Eligió para esta delicada y peligrosa comision, pues tenia que cruzar por entre pueblos sublevados, al capitán D. Diego Vazquez, que partió sin tardanza con algunos soldados de caballería.

Mientras esta corta fuerza se dirigia á Méjico, Pedro de Alvarado llegó con su armada al puerto de Natividad, para emprender su expedicion de descubrimientos por el mar del Sur, acariciando la esperanza de dar con el reino de Quivira y de encontrar las ricas tierras de la Espece-  
ria. Estando disponiendo su marcha, recibió una carta del capitán Juan Fernandez de Hajar, á cuyo cargo estaba la villa de la Purificacion, donde le daba noticia de la sublevacion de la provincia, de la derrota de Ibarra y de las circunstancias afflictivas en que se encontraban las cortas guarniciones españolas. La carta concluia pintando á la Nueva Galicia á punto de perderse para la corona de España, y diciéndole que él solo, despues de Dios, podia salvar á sus compatriotas de la muerte, prestando un notable servicio al rey.

Pedro de Alvarado, animado del deseo de librar á sus compatriotas de la horrible muerte que les amenazaba y de cumplir con los deberes hácia su monarca, mandó desembarcar la gente que llevaba, para volar en socorro de

las poblaciones amenazadas. Hecho esto, escribió al gobernador Cristóbal de Oñate haciéndole saber que iba en su auxilio, y de acuerdo con sus capitanes, dispuso lo que se juzgó conveniente para sofocar la sublevacion. Dejó cincuenta soldados para resguardo de la armada; destacó á un capitán, con otros cincuenta, al pueblo de Autlan, á fin de que, en caso necesario, acudiese á la defensa del pueblo de la Purificacion; igual número de gente, al mando de un oficial de acreditado valor, envió á la villa de Zapotlan, para socorrer á los vecinos de Colima y provincia de Avalos, que colindaba con la Nueva Galicia; situó veinticinco hombres en Etzatlan, y otros veinticinco en la laguna de Chapala, á distancia de siete leguas del valle de Tonalá; dió órdenes al capitán Diego Lopez de Zúñiga, á quien confió el pueblo de Etzatlan, para que auxiliase al pueblo de Tequila si habia algun movimiento, y él, con ciento cincuenta hombres, la mayor parte de caballería, partió para la ciudad de Guadalajara, donde se encontraba el gobernador Oñate. Caminando á marchas dobles, logró llegar pronto á un gran rio que hubiera detenido por muchas horas su marcha, si los indios de la provincia en que corria se hubieran hallado en actitud hostil; pero por fortuna suya los caciques de Tonalá y de Tlacomulco se mantuvieron fieles á los españoles, y no solo le proporcionaron los medios de pasar el rio, sino que pusieron á sus órdenes un ejército de valientes guerreros. Igualmente leales se manifestaron las provincias de Pontzitan, Cuitzeo, Ocotlan, Atemajac y Tepetitlan, cuyos caciques anhelaban conservar la amistad de los hombres blancos.

1541. Despues de haber sido obsequiado Pedro de Alvarado y su gente por los caciques y señores del valle de Tonalá, á quienes regaló algunos objetos españoles de mucha estima para ellos, continuó su marcha. Avisado el gobernador Cristóbal de Oñate de que se hallaba á corta distancia de Guadalajara, salió á recibirle á media legua de la ciudad. Despues de saludarse afectuosamente y de cruzar entre los que llegaban y los que les recibian los cumplimientos que exige la buena educacion, se dirigieron juntos á Guadalajara, donde entraron pocos momentos despues, en las primeras horas de la tarde del 12 de Junio de 1541.

Ansioso de gloria militar y queriendo que á él solo debiesen los españoles de la Nueva Galicia el verse libres de las numerosas huestes indígenas de que se veian amenazados, resolvió salir á batirlos á sus fuertes posiciones, antes de que llegasen los socorros del virey, y sin querer valerse de ningun vecino ni soldado de la ciudad. Era un alarde de vanidad, que revelaba más valor que prudencia. Al manifestar su propósito, trató Cristóbal de Oñate de separarle de su intento, pintándole lo inexpugnable de la montaña, el carácter belicoso de la gente, y el numeroso ejército reunido allí por los caciques de las diversas provincias.

No habiendo ya temor de que las guarniciones españolas fuesen atacadas, por el auxilio que les habia prestado, opinaba el gobernador que no se les atacase hasta que no llegase la gente que esperaba de Méjico. Esta importancia que Cristóbal de Oñate daba á la empresa, excitó mas y mas en Pedro de Alvarado el deseo de manifestar que

era capaz por sí solo de darle feliz cima. Resuelto á tomar la fuerte posicion con sus soldados únicamente, dispuso dar el ataque dentro de breves dias. Llegado el momento de partir, le dijo el gobernador Oñate que sentia mucho dejarle ir solo, porque se veria en graves trabajos por ser considerable el número de enemigos, y por los pantanos y fragosas sierras en que se habian fortificado. «La suerte está echada y en Dios confio»; fué la contestacion de Alvarado á las observaciones del gobernador. Pocos momentos despues salia de Guadalajara hácia el peñol y pueblo de Nochiztlan.

El gobernador Cristóbal de Oñate, viendo en la determinacion de Alvarado un acto de temeridad que podia ser de fatales consecuencias, se propuso salir á ver el resultado de un ataque en que juzgaba imposible el triunfo. Dejando la ciudad bien defendida, se puso al frente de veinticinco soldados, y marchando por los altos de Juchitlan, se dirigió á las montañas de Nochiztlan situándose frente del peñol, hácia la parte mas alta, para presenciar desde allí el combate, y tomar las providencias necesarias á la seguridad de las guarniciones, si los resultados eran funestos, como temia.

Cuando Pedro de Alvarado se encontraba á corta distancia del pueblo de Nochiztlan, destacó una corta fuerza á reconocer sus entradas, y mensajeros invitando á la paz á los sublevados. La respuesta fué negarse á recibir á los enviados y prepararse á la defensa. El jefe castellano avanzó entonces sobre Nochiztlan con ánimo de apoderarse del pueblo y sitiarse en seguida á los que se hallaban en la escabrosa montaña de Mixton.

Fuertes albarradas defendian la entrada de Nochiztlan. Los españoles se lanzaron sobre la primera línea con ímpetu terrible; pero recibidos con un diluvio de flechas y por diez mil indios que salieron á disputarles el paso, se vieron precisados á retroceder algunas varas dejando veinte compatriotas muertos en aquel asalto. Enardecido el valor de Pedro de Alvarado con la resistencia de los contrarios, acometi6 de nuevo, poniéndose á la cabeza de sus soldados, y despues de un reñido combate, gan6 la albarrada defendida her6icamente por los sublevados. Los indios, sin desmayar por la p6rdida de la primera línea, se hicieron fuertes en otra trinchera no menos s6lida que la primera; pero obligados á abandonar el punto, se retiraron á la formidable montaña de Mixton en que estaba el resto del ej6rcito indio. Pedro de Alvarado, que habia perdido en el segundo ataque otros diez españoles, entr6 al pueblo de Nochiztlan, deseando apoderarse de los jefes principales; pero se hallaban ya en las montañas, y no encontr6 ni un solo habitante en las calles ni en las casas. Entonces dispuso el ataque á la posicion que los indios habian elegido como inexpugnable. Di6 6rden al capitán Falcon para que con cien españoles de infantería y una fuerza de cinco mil indios michoacanos, mandados por un valiente jefe, pariente del rey Caltzontzi, llamado D. Pedro, asaltase el peñol, mientras él, con la caballería, iba en su apoyo por el terreno mas accesible á los corceles.

1541. Era el 21 de Junio de 1541, día de San  
Junio 24. Juan Bautista. Falcon emprendió la subida con extraordinario arrojo. Los indios auxiliares, con su

valiente jefe, no subian con menos osadía. Los asaltantes fueron ganando posiciones sin retroceder un paso, sin detenerse á esperar á la caballería que marchaba lentamente. Los sublevados, al notar el imprudente arrojo de Falcon que avanzaba sin aguardar á los jinetes, empezaron á ceder con mas facilidad el terreno, retirándose sagazmente á fin de que se encontrase á larga distancia de la reserva. Falcon, sin recelar en el lazo que se le tendia y llevado de su natural ardor, sigui6 el avance á toda prisa, metiéndose temerariamente en el peligro, llegando hasta lo mas alto del peñol. En aquel momento se escucharon los terribles sonidos de los instrumentos bélicos y los alaridos de guerra lanzados por los escuadrones indios. Millares de guerreros, que habian permanecido ocultos detras de los enormes peñascos y en los barrancos, salieron de todas partes, como brotados de la tierra, acometiendo con furia terrible á los asaltantes. Los españoles y los indios aliados trataron de resistir el impetuoso choque de sus contrarios; pero era imposible contener el oleaje de la multitud que amenazaba ahogarles y les arrastraba en su empuje. El primero que cay6 muerto fu6 el capitán Falcon con otros ocho soldados españoles y varios indios aliados. Entonces se emprendió la retirada, procurando guardar en ella el mayor orden para no perecer todos. Pedro de Alvarado, que marchaba á sostener el ataque emprendido por Falcon, al ver llegar huyendo á sus soldados y á los indios amigos, les hizo incorporar con su gente para hacer retroceder á los contrarios, que bajaron en tropel al llano, lanzando horribles alaridos. El jefe español acometi6 entonces á los